¿Sería por amor al color?

Preferencias en la selección de pareja en la Villa de Colima en 1775

Juan Carlos Reyes G.

Sin hacer caso de las limitaciones que por ser negro y esclavo le imponían las leyes de la época y haciendo caso omiso de las consecuencias, furibundo, el negro Jusepe se armó de alfanje, espada y gorguz, se cubrió el pecho con un grueso peto de cuero, montó uno de los caballos de su amo y corrió en busca de su rival de amores, Francisco de Rojas.

Aquel imponente Otelo tropical, "soberbio y atrevido", se plantó en el lecho del río Colima frente a la casa de Rojas y desde allí lanzó el desafío: "¡Perro mestizo! —le gritaba—, ¡Cabrón! ¡Cara de rodeo!" [*sic*]. Pero el otro, precavido, sin salir de su casa respondía al reto con voces de igual lindeza.

El escándalo alarmó al vecindario y la cosa no paró hasta que el alguacil hizo su aparición, aunque éste, igualmente precavido, parece que tampoco se atrevió a enfrentar a Jusepe. En las actas levantadas sólo quedó registro de las declaraciones de Rojas y algunos vecinos. La causa del pleito: el negro y el mestizo se disputaban los amores de una mulata.[1]

Aquel sainete representado en los primeros años del siglo XVII no fue, por cierto, ni el primero ni por mucho el último donde una mulata o una negra personificara a la manzana de la discordia; y es más, me parece de justicia mejor decir una mujer, simplemente, pues por las de cualquier color hubo pleitos; pero por esta vez son las afromestizas las que interesan.

Además, dicho con el mayor respeto, lo cierto es que algo tienen las mulatas que las hace particularmente atractivas, hoy como antes. Es fácil demostrar lo que digo. Los archivos coloniales abundan en denuncias de amancebamiento, y por más que la caballerosidad castiza impusiera discreción cuando de blancas se trata, los números no dejan mentir.

Pasada la primera etapa de la Colonia en que las mujeres españolas escasearon, las causas del fenómeno seguramente fueron otras, muchas y diversas. Entre las principales yo contaría dos, una cultural: la manera diferente con que los africanos concebían la sexualidad; y otra de orden práctico: la posibilidad que estas uniones representaban para las morenas de subir en la escala social o, al menos, de obtener algunos privilegios que mejoraran su situación.

Sin embargo, dejando a un lado amancebamientos y demás amores furtivos, hablando ya del matrimonio formal, el asunto adquiere otros matices.

Como un breve y primer intento de responder a la pregunta de cuáles fueron las preferencias en la selección de pareja, haré un rápido análisis de la información que en este sentido proporciona el padrón de vecinos de la Villa de Colima en 1775.[2]

Al iniciar el último cuarto del siglo XVIII, la Villa de Colima era uno de los centros urbanos de mayor importancia en el occidente de México. La villa, sede de la alcaldía mayor desde 1524, era el centro administrativo y religioso de un territorio cuya superficie, a pesar de las sucesivas reducciones, era entonces casi el doble que la del actual estado de Colima; incluía el corregimiento de Xilotlán, más tarde dividido entre Jalisco y Michoacán.

Según el padrón de referencia, en 1775 la población de la villa de Colima sumaba 2 814 individuos; de éstos, el 54.19% eran españoles, criollos o peninsulares; el 33.97% mulatos y miembros de otras castas de afromestizos (ninguno aparece registrado como "negro"); los mestizos representaban el 7.96% y, en notable desproporción, los indios no eran más del 3.48%. Del remanente, 0.4%, se desconoce su filiación (Cuadro I).[3] Las principales actividades económicas del vecindario eran el comercio, la agricultura y la fabricación de tejidos de algodón.[4]



Dentro de este gran total de 2 814 individuos, 930 aparecen como casados, dando un total de 465 parejas, de las que 423, casi el 91%, estaban integradas por individuos pertenecientes a una misma "calidad" (español-española, mestizo-mestiza, mulato-mulata, indio-india). El restante 9%, 42 parejas, eran mixtas. (Cuadro II).

De la estructura que muestra el Cuadro II, saltan a la vista dos fenómenos. Primero, la ausencia de parejas español-mestiza; notable si se considera la existencia de casi un 25% más de mujeres que de hombres mestizos en la población (Cuadro I). Una posible explicación es que algunas mestizas se registraran como españolas. Ésta era una práctica frecuente por los beneficios que les significaba.[5]

El segundo fenómeno, que el 85% de las parejas mixtas involucran a un afromestizo. Como en el caso de las mestizas, había aproximadamente 25% más mujeres que hombres afromestizos (Cuadro I), sólo que aquí vemos que fueron los varones quienes resultaron favorecidos. Veintidós mulatos estaban casados con mujeres de "calidad superior" a la propia, en tanto que sólo catorce mulatas formaron pareja en esas condiciones.

Esto, sin embargo, no echa por tierra mi aseveración primera —quizás poco académica pero no creo que menos válida—, sobre el atractivo de las mulatas, pues de las catorce, diez fueron casadas con españoles, lo que implicaba ventaja para ellas y que nos lleva, necesariamente, a tratar de descubrir cuáles eran las razones que tuvieron las españolas y mestizas para, a su vez, favorecer de manera tan generosa a los mulatos, ya que en ese caso ellas parecieran llevar las de perder.

Antes de proseguir quiero señalar como razones posibles de la preferencia por las mulatas el hecho de que éstas, igual que las mestizas, superaban numéricamente a sus iguales varones, como se observa en el Cuadro I, de manera que la población femenina española se encontraba proporcionalmente en desventaja. Otra razón frecuente para el matrimonio español-mulata fue la de dar reconocimiento oficial a los hijos de la pareja. A manera de ejemplo cito el caso de Matías de Rivera, español, que en 1722 se casa con la esclava mulata María López de la O, con la que tenía una hija llamada Juana, para quien consigue carta de libertad luego de un lago pleito con la dueña de su mujer.[6] Ésta, en cambio, no parece haber sido causa cuando las "doncellas" españolas o mestizas concebían hijos de mulatos; al menos no causa frecuente. Para estos casos las doncellas contaban con la institución de los expósitos.

Aunque para esa época, finales del XVIII, los afromestizos habían superado muchas de las limitaciones sociales que padecieron durante los dos y medio siglos anteriores, el sentido del honor y el sentimiento de superioridad de los españoles no había variado en la misma proporción.

Todavía nueve años después del padrón, en 1784, el español Pedro Castellanos, vecino de Colima, demandaba se "tomara información" sobre la pureza de sangre del marido de su hija María Nieves, José Rafael Carrillo. Sucedió que al buen don Pedro le llegó el chisme de que la abuela de su yerno había sido "coyota", y por tanto consideraba forzoso disolver ese matrimonio "por lo desigual en calidades y no convenir [a su] honor".[7]

Cinco años más tarde, en noviembre de 1789, José Ramírez y Oliva, "español republicano", vecino también de la Villa de Colima, declaraba airado ante el alcalde mayor que "conforme a [la] pragmática sanción que terminantemente repele los matrimonios en que se ve la desigualdad" de calidades, él de manera enérgica se oponía a que se efectuara el matrimonio entre Petrita, su hija, y un tal José Eugenio Rueda, mulato.[8]

Ahora bien, si socialmente las mujeres "blancas" no resultaban beneficiadas al casarse con afromestizos, las razones para esta preferencia deben buscarse en otros campos.

Más allá del posible atractivo físico de los mulatos, con toda la carga de mitos respecto a la superioridad sexual de los negros, que vayan a saber ustedes si no es que de veras en algo influyó, hay dos factores que considero dignos de considerar: el cuantitativo y el económico.

Ya anoté la mayor disponibilidad proporcional de mulatas; podría agregarse que en teoría, siendo numéricamente similares los grupos hombre y mujer españoles, por cada varón español que se casara con una mujer de otra casta había una "quedada" en potencia. Esto, en consecuencia, incrementaba para los varones de las otras castas las posibilidades de seleccionar a una española como pareja.

No es el caso de las mestizas, que sin embargo, formaron casi tantas parejas con mulatos como las otras, 11 y 10 respectivamente. La razón por tanto debió ser otra.

Propongo que fue una elevación en el nivel de vida de los mulatos lo que favoreció el alto índice de matrimonios mulato-española y mulato-mestiza.

En el caso de Colima al menos, para la época del padrón, 1775, la cuarta parte de los veintisiete obrajes existentes eran propiedad de mulatos; y lo eran también el 50% de los operarios del total de obrajes. Igualmente, eran mulatos ocho de 35 artesanos (carpinteros, canteros, albañiles, etcétera) y cinco de veintisiete militares, así como el 25% de los registrados como "labradores".

A juzgar por las cifras que se presentan en el Cuadro III, resulta obvio que si bien los mulatos estaban aún lejos de igualarse a los españoles, el 23% de los mulatos y el 50% de los indios, contra sólo el 9% de los mestizos. A la vez, los mulatos representan el 23.8% del total de los varones "con oficio", en tanto que mestizos e indios sumados alcanzan apenas el 7.9%.

A reserva de rectificar una vez que se hayan analizado las variables que yo aquí no he considerado, en especial la de edad, creo posible afirmar que más allá de *los calores* que la fragosidad de la tierra colimota imponía a las doncellas españolas y mestizas, los mulatos se convirtieron en buen partido por razones harto más prácticas. Cuestión de seguridad económica.

Después de todo, hay cosas en la historia que cambian lento.◆

Cuadro I
Totales de población de la Villa de Colima en 1775, divididos por casta y sexo

	Españoles	Mulatos	Mestizos	Indios	Ilegible	
Hombres	761	427	100	50	4	1 342
Mujeres	764	529	124	48	7	1 472
	1 525	956	224	98	11	2 814

Cuadro II
Composición de las parejas de la Villa de Colima registradas en el Padrón de 1775

	Español	Mestizo	Mulato	Indio	
Española	224	2	11	1	238
	(48.17%)	(0.43%)	(2.36%)	(0.21%)	
Mestiza	0	26	10	2	38
	(0.0%)	(5.60%)	(2.15%)	(0.43%)	
Mulata	10	1	151	3	165
	(2.15%)	(0.21%)	(32.47%)	(0.64%)	165
India	1	0	1	22	24
	(0.21%)	(0.0%)	(0.21%)	(4.73%)	
	235	29	173	28	465

Cuadro III
Totales de población masculina en 1775, y totales registrados con "oficio"

	Españoles	Mulatos	Mestizos	Indios	
Total	761	427	100	50	1,338
	%56.87	%31.91	%7.47	%3.75	%100
Con oficio	293	102	9	25	429
	%68.30	%23.80	%2.10	%5.80	%100



Notas

[1] Colima, México. Archivo Histórico Municipal de Colima (en adelante AHMC), Caja B-21 (1605), exp. 4.

[2] AHMC, Caja 17 (1775), exps. 22-26; Caja 19-A (1778), exp. 39; Caja D-50, exp. s/n.

[3] Las cifras difieren de las indicadas en mi artículo publicado en 1991 (*Ibid.*), debido a que como antes anoté, aquellas eran parciales, pues no había encontrado aún todas las partes del documento, que afortunadamente fueron localizadas poco después.

[4] Véase mi artículo "El color del trabajo. Castas y oficios en la Villa de Colima en 1775" (*Anales del Museo Michoacano*, tercera época, Suplemento al número 3, México, pp. 29-42).

[5] Advierto que en éste, al igual que en los siguientes casos, no está considerada la variable de edad, que podría llevar a conclusiones diferentes.

[6] AHMC, Caja 6 (1723-1726), exp. 1.

[7] AHMC, Caja 22, exp. 3.

[8] AHMC, Caja 26, exp. 30.